



Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

LIBROS Y CASAS

“Güiraldes siente que su escritura es ejemplar, en tanto acerca la voz del artista y del gaucho, en quien deposita un dechado de virtudes, sobre todo, éticas”.

Eduardo Romano

Ricardo Güiraldes

Buenos Aires, 1866-París, 1927

Narrador argentino. Nació en el seno de una adinerada familia que en 1887 se trasladó a París. Puede decirse que se educó en francés y el castellano fue su segunda lengua. Güiraldes es uno de los mayores exponentes hispanoamericanos de la novela autóctona con su obra maestra *Don Segundo Sombra* (1926), en la que se narran las vicisitudes de la vida del campo y las particularidades de ese ámbito rural amenazado de extinción por la expansión del progreso.

El herrero Miseria

ESTO ERA EN TIEMPO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y SUS APÓSTOLES.

Nuestro Señor, que según dicen fue el creador de la bondad, sabía andar de pueblo en pueblo y de rancho en rancho, por Tierra Santa, enseñando el Evangelio y curando con palabras. En estos viajes, lo llevaba de asistente a san Pedro, al que lo quería muy mucho, por creyente y servicial.

Cuentan que en uno de esos viajes, que por demás veces eran duros como los del resero, como fueran por llegar a un pueblo, a la mula en que iba Nuestro Señor se le perdió una herradura y dentro a manquiar.

—Fijate —le dijo Nuestro Señor a san Pedro— si no ves una herrería, que ya estamos entrando al poblao.

San Pedro, que iba mirando con atención, divisó un rancho viejo de paredes rajadas, que tenía encima de una puerta un letrero que decía: Herrería. Sobre el pucho, se lo contó al Maistro y pararon delante del corralón.

_____ **Resero**
Arreador de reses, especialmente vacunas.

—¡Ave María! —gritaron.

Y, junto con un cuzquito ladrador, salió un anciano harapiento que los convidó a pasar.

—Güenas tardes —dijo Nuestro Señor—. ¿Podría herrear mi mula, que ha perdido la herradura de una mano?

—Apiensén y pasen adelante —contestó el viejo—. Voy a ver si puedo servirlos.

Cuando, ya en la pieza, se acomodaron sobre unas sillas de patas quebradas y torcidas, Nuestro Señor le preguntó al herrero:

—¿Y cuál es tu nombre?

—Me llaman Miseria —respondió el viejo, y se jue a buscar lo necesario pa' servir a los forasteros.

Con mucha pacencia anduvo este servidor de Dios, olfateando en sus cajones y sus bolsas, sin hallar nada. Acobardao iba a golverse pa' pedir disculpa a los que estaban esperando, cuando, regolviendo con la bota un montón de basuras y desperdicios, vido una argolla de plata grandota.

—¿Qué hacéh aquí vos? —le dijo, y recogiénola se jue pa' donde estaba la fragua, prendió el juego, reditió la argolla, hizo a martillo una herradura y se la puso a la mulita de Nuestro Señor. ¡Viejo sagaz y ladino!

—¿Cuánto te debemos, güen hombre? —preguntó Nuestro Señor.

Miseria lo miró bien de arriba abajo y, cuando concluyó de filiarlo, le dijo:

—Por lo que veo, ustedes son tan pobres como yo. ¿Qué diantres les vi'a cobrar? Vayan en paz por el mundo, que algún día tal vez Dios me lo tenga en cuenta.

—Así sea —dijo Nuestro Señor y, después de haberse despedido, montaron los forasteros en sus mulas y salieron al sobrepaso.

Cuando iban ya retiraditos, le dice a Jesús este san Pedro, que debía ser medio lerdo:

—Verdá, Señor, que somos desagradecidos. Este pobre hombre nos ha herrao la mula con una herradura 'e plata, no noh ha cobrao nada por más que es repobre, y nohotros nos vamos sin darle siquiera una prenda de amistad.

—Decís bien —contestó Nuestro Señor—. Volvamos hasta su casa pa' concederle tres Gracias, que él eligirá a su gusto.

Cuando Miseria los vido llegar de güelta creyó que se había desprendido la herradura y los hizo pasar como endenantes. Nuestro Señor le dijo a qué venían y el hombre lo miró de soslayo, medio con ganitas de rairse, medio con ganitas de disparar.

—Pensá bien —dijo Nuestro Señor— antes de hacer tu pedido.

San Pedro, que se había acomodado atrás de Miseria, le sopló:

—Pedí el Paraíso.

—Callate, viejo —le contestó por lo bajo Miseria, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que se siente en mi silla no se pueda levantar de ella sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor—. ¿A ver la segunda Gracia? Pensala con cuidao.

—¡Pedí el Paraíso, porfiao! —le sopló de atrás san Pedro.

—Callate, viejo metido —le contestó por lo bajo Miseria, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que suba a mis nogales no se pueda bajar de ellos sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor—. Y, aura, la tercera y última Gracia. No te apurés.

—¡Pedí el Paraíso, porfiao! —le sopló de atrás san Pedro.

—¿Te quedarás callar, viejo idiota? —le contestó Miseria enojao, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que se meta en mi tabaquera no pueda salir sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor y, después de despedirse, se jue.

Ni bien Miseria quedó solo, comenzó a cavilar y, poco a poco, jue dentrándole rabia de no haber sabido sacar más ventaja de las tres Gracias concedidas.

—También, seré sonso —gritó, tirando contra el suelo el chambergo—. Lo que es, si aurita mesmo se presentara el demonio, le daría mi alma con tal de poderle pedir veinte años de vida y plata a discreción.

En ese mismo momento, se presentó a la puerta 'el rancho un caballero que le dijo:

—Si querés, Miseria, yo te puedo presentar un contrato dándote lo que pedís.

Y ya sacó un rollo de papel con escrituras y números, lo más bien acondicionao, que traiba en el bolsillo. Y allí las leyeron juntos a las letras y, estando conformes en el trato, firmaron los dos con mucho pulso, arriba de un sello que traiba el rollo.

Ni bien el diablo se jue y Miseria quedó solo, tantió la bolsa de oro que le había dejao Mandinga, se

—————
Mandinga
*Representación
 del diablo
 en algunas
 regiones de
 Sudamérica.*

miró en el bañadero de los patos, donde vido que estaba mozo, y se jue al pueblo pa' comprar ropa, pidió pieza en la fonda como señor, y durmió esa noche contento.

¡Amigo! Había de ver cómo cambió la vida de este hombre. Terció con príncipes y gobernadores y alcaldes, jugaba como nenguno en las carreras, viajó por todo el mundo, tuvo trato con hijas de reyes y marqueses...

Pero, bien dicen que pronto se pasan los años cuando se emplean de este modo, de suerte que se cumplió el año vigésimo y en un momento casual en que Miseria había venido a rairse de su rancho, se presentó el diablo con el nombre de caballero Lili, como vez pasada, y peló el contrato pa' exigir que se le pagara lo convenido.

Miseria, que era hombre honrao, aunque medio tristón, le dijo a Lili que lo esperara, que iba a lavarse y ponerse güena ropa pa' presentarse al Infierno como era debido. Así lo hizo, pensando que al fin todo lazo se corta y que su felicidad había terminao.

Al golver lo halló a Lili sentao en su silla aguardando con pacencia.

—Ya estoy acomodao —le dijo—, ¿vamos yendo?

—¡Cómo hemos de irnos —contestó Lili— si estoy pegao en esta silla como por un encanto!

Miseria se acordó de las virtudes que le había concedido el hombre 'e la mula y le dentró una risa tremenda.

—¡Enderezate, pues, maula, si sos diablo!
—le dijo a Lili.

Al ñudo este hizo bellaquear la silla. No pudo alzarse ni un chiquito y sudaba, mirándolo a Miseria.

Maula

Cosa inútil y despreciable, persona mala o tramposa.

—Entonces —le dijo el que jue herrero—, si querés dirte, firmame otros veinte años de vida y plata a discreción.

El demonio hizo lo que le pedía Miseria, y este le dio permiso pa' que se juera.

Otra vez el viejo, remozao y platudo, se golvió a correr mundo: terció con príncipes y manates, gastó plata como naides, tuvo trato con hijas de reyes y de comerciantes juertes...

Pero los años, pa'l que se divierte, juyen pronto, de suerte que, cumplido el vigésimo, Miseria quiso dar fin cabal a su palabra y rumbió al pago de su herrería.

A todo esto Lili, que era medio lenguaraz y alcahuate, había contao en los infiernos el encanto 'e la silla.

—Hay que andar con ojo alerta —había dicho Lucifer—. Ese viejo está protegido y es ladino. Dos serán los que lo van a buscar al fin del trato.

Por esto jue que, al apiarse en el rancho, Miseria vido que lo estaban esperando dos hombres, y uno de ellos era Lili.

—Pasen adelante; sientensén —les dijo—, mientras yo me lavo y me visto pa' dentrar al Infierno como es debido.

—Yo no me siento —dijo Lili.

—Como quieran. Pueden pasar al patio y bajar unas nueces, que seguramente serán las mejores que habrán comido en su vida 'e diablos.

Lili no quiso saber nada; pero, cuando se hallaron solos, su compañero le dijo que iba a dar una güelta por debajo de los nogales a ver si podía recoger del suelo alguna nuez caída y probarla. Al rato no más golvió diciendo que

había hallao una yuntita y que, en comiéndolas, naide podía negar que fueran las más ricas del mundo.

Juntos se jueron pa' dentro y comenzaron a buscar sin hallar nada.

Pa' esto, al diablo amigo de Lili se le había calentao la boca y dijo que se iba a subir a la planta pa' seguir pegándole al manjar. Lili le advirtió que había que desconfiar, pero el goloso no hizo caso y subió a los árboles, donde comenzó a tragar sin descanso, diciéndole de tiempo en tiempo:

—¡Cha que son güenas! ¡Cha que son güenas!

—Tirame unas cuantas —le gritó Lili, de abajo.

—Allí va una —dijo el de arriba.

—Tirame otras cuantas —golvió a pedirle Lili, no bien se comió la primera.

—Estoy muy ocupao —le contestó el tragón—. Si querés más, subite al árbol.

Lili, después de cavilar un rato, se subió.

Cuando Miseria salió de la pieza y vido a los dos diablos en el nogal, le dentró una risa tremenda.

—Aquí estoy a su mandao —les gritó—. Vamos cuando ustedes gusten.

—Es que no nos podemoh abajar —le contestaron los diablos, que estaban como pegaos a las ramas.

—Lindo —les dijo Miseria—. Entonces firmenmén otra vez el contrato, dándome otros veinte años de vida y plata a discreción.

Los diablos hicieron lo que Miseria les pedía y este les dio permiso pa' que bajaran.

Miseria golvió a correr mundo y terció con gente coquetuda y tiró plata y tuvo amores con damas de primera.

Pero los años dentraron a disparar, como endenan-
tes, de suerte que, al llegar al año vigésimo, Miseria,
queriendo dar pago a su deuda, se acordó de la herrería
en que había sufrido.

A todo esto, los diablos en el Infierno le habían conta-
o a Lucifer lo sucedido y este, enojadazo, les había dicho:

—¡Canejo! ¿No les previne de que anduvieran con es-
mero porque ese hombre era por demás ladino? Esta güel-
ta que viene, vamoh a dir toditos, a ver si se nos escapa.

Por esto jue que Miseria, al llegar a su rancho, vido

_____ más gente riunida que en una jugada 'e taba. Pero
Taba esa gente, acomodada como un ejército, parecía
Juego estar a la orden de un mandón con corona. Mise-
criollo. ria pensó que el mesmito Infierno se había mu-
dado a su casa, y llegó, mirando como pato el arriador,
a esa pueblada de diablos. “Si escapo de esta, se dijo, en
fija que ya nunca la pierdo”. Pero, haciéndose el muy
templao, preguntó a aquella gente:

—¿Quieren hablar conmigo?

—Sí —contestó juerte el de la corona.

—A usted —le retrucó Miseria— no le he firmao
contrato nenguno, pa' que venga tomando velas en
este entierro.

—Pero me vah a seguir —gritó el coronao— porque
yo soy el Ray de loh Infiernos.

—¿Y a mí quién me da el certificao? —alegó Mise-
ria—. Si usted es lo que dice, ha de poder hacer de fijo
que todos los diablos dentren en su cuerpo y golverse
una hormiga.

Otro hubiera desconfiiao, pero dicen que a los ma-
los los sabe perder la rabia y el orgullo, de modo que

Lucifer, ciego de juror, dio un grito y en el momento mismo se pasó a la forma de una hormiga, que llevaba adentro a todos los demonios del Infierno.

Sin dilación, Miseria agarró el bichito que caminaba sobre los ladrillos del piso, lo metió en su tabaquera, se fue a la herrería, la colocó sobre el yunque y, con un martillo, se arrastró a pegarle con todita el alma, hasta que la camiseta se le empapó de sudor.

Entonces, se refrescó, se mudó y salió a pasiar por el pueblo.

¡Bien haiga, viejito sagaz! Todos los días, colocaba la tabaquera sobre el yunque y le pegaba tamaña paliza hasta empapar la camiseta, pa' después salir a pasiar por el pueblo.

Y así se fueron los años.

Y resultó que ya en el pueblo no hubo peleas, ni plaitos ni alegaciones. Los maridos no las castigaban a las mujeres, ni las madres a los chicos. Tíos, primos y entenaos se entendían como Dios manda; no salía la viuda, ni el chanchito; no se veían luces malas y los enfermos sanaron todos; los viejos no acababan de morir y hasta los perros fueron virtuosos. Los vecinos se entendían bien, los baguales no corcoviaban más que de alegría y todo andaba como reló de rico. Qué, si ni había que baldiar los pozos porque toda agua era güena.

Baguales
Caballos no
domados.

Ansina como no hay caminos sin repechos, no hay suerte sin desgracias, y vino a suceder que abogaos, procuradores, jueces de paz, curanderos, médicos y todos los que son autoridá y viven de la desgracia y vicios de la gente comenzaron a ponerse charcones de hambre

y fueron muriendo.

Y un día, asustaos los que quedaban de esta morralla, se endilgaron pa' lo del gobernador a pedirle ayuda por lo que les sucedía. Y el gobernador, que también dentaba en la partida de los castigaos, les dijo que nada podía remediar y les dio una plata del Estao, alvirtiéndoles que era la única vez que lo hacía porque no era obligación del gobierno el andarlos ayudando.

Pasaron unos meses, y ya los procuradores, jueces y otros bichos iban mermando por haber pasao los más a mejor vida, cuando uno de ellos, el más pícaro, vino a maliciar la verdá y los invitó a todos a que golvieran a lo del gobernador, dándoles promesa de que ganarían el plaito.

Así fue. Y cuando estuvieron frente al manate, el procurador le dijo a Suecelencia que todah esas calamidades sucedían porque el herrero Miseria tenía encerraos en su tabaquera a los diablos del Infierno.

Sobre el pucho, el mandón lo mandó traír a Miseria y, en presencia de todos, le largó un discurso:

—¿Ahá, sos vos? ¡Bonito andás poniendo al mundo con tus brujerías y encantos, viejo indino! Aurita vah a dejar las cosas como estaban, sin meterte a redimir culpas ni castigar diablos. ¿No ves que, siendo el mundo como es, no puede pasarse del mal y que las leyes y lah enfermedades y todos los que viven de ellas, que son muchos, precisan de que los diablos anden por la tierra? En este mesmo momento vah al trote y largás loh Infiernos de tu tabaquera.

Miseria comprendió que el gobernador tenía razón,

confesó la verdá y jue pa' su casa pa' cumplir lo mandao.

Ya estaba por demás viejo y aburrido del mundo, de suerte que irse de él poco le importaba.

En su rancho, antes de largar los diablos, puso la tabaquera en el yunque, como era su costumbre, y por última vez le dio una güena sobada, hasta que la camiseta quedó empapada de sudor.

—¿Si yo los largo van a andar embromando por aquí?
—les preguntó a los mandingas.

—No, no —gritaban estos de adentro—. Larganos y te juramos no golver nunca por tu casa.

Entonces Miseria abrió la tabaquera y los licenció pa' que se jue ran.

Salió la hormiguita y creció hasta ser el Malo. Comenzaron a brotar del cuerpo de Lucifer todos los demonios y redepente, en un tropel, tomó esta diablada por esas calles de Dios, levantando una polvadera como nube 'e tormenta.

Y aura viene el fin.

Ya Miseria estaba en las últimas humeadas del pucho, porque a todo cristiano le llega el momento de entregar la osamenta y él bastante la había usao.

Y Miseria, pensando hacerlo mejor, se jue a echar sobre sus jergas a esperar la muerte. Allá, en su piecitta de pobre, se halló tan aburrido y desganao que ni se levantaba siquiera pa' comer ni tomar agua. Despacito nomás se jue consumiendo hasta que quedó duro y como secoo por los años.

Y aura es que, en habiendo dejao el cuerpo pa' los bichos, Miseria pensó lo que le quedaba por hacer y, sin dilación, porque no era sonso, el hombre enderezó pa'l Cielo

y, después de un viaje largo, golpió en la puerta de este.

Cuantito se abrió la puerta, san Pedro y Miseria se reconocieron, pero al viejo pícaro no le convenían esos recuerdos y, haciéndose el chanco rengo, pidió permiso pa' pasar.

—¡Hum! —dijo san Pedro—. Cuando yo estuve en tu herrería con Nuestro Señor, pa' concederte tres Gracias, te dije que pidieras el Paraíso y vos me contestaste: "Callate, viejo idiota". Y no es que te la guarde, pero no puedo dejarte pasar aura porque, en habiéndote ofrecido tres veces el Cielo, vos te negaste a aceptarlo.

Y, como ahí no más el portero del Paraíso cerró la puerta, Miseria, pensando que de dos males hay que elegir el menos pior, rumbió pa'l Purgatorio a probar cómo andaría.

Pero, amigo, allí le dijeron que solo podían entrar las almas destinadas al Cielo y que como él nunca podría llegar a esa gloria, por haberla desnegao en la oportunidad, no podían guardarlo. Las penas eternas le tocaba cumplirlas en el Infierno.

Y Miseria enderezó al Infierno y golpió en la puerta como antes golpiaba en la tabaquera sobre el yunque haciendo llorar a los diablos. Y le abrieron, ¡pero qué rabia no le daría cuando se encontró cara a cara con el mismo Lili!

—¡Maldita mi suerte —gritó—, que andequiera he de tener conocidos!

Y Lili, acordándose de las palizas, salió que quemaba, con la cola como bandera 'e comisaría, y no paró hasta los pieses mismos de Lucifer, al que contó quién

estaba de visita.

Nunca los diablos se habían pegao tan tamaño susto, y el mismo Ray de loh Infiernos, recordando también el rigor del martillo, se puso a gritar como gallina culeca, ordenando que cerraran bien toditas las puertas, no juera a dentrar semejante cachafaz.

Ahí quedó Miseria sin dentrada a ningún lao, porque ni en el Cielo, ni en el Purgatorio, ni en el Infierno lo querían como socio; y dicen que es por eso que, dende entonces, Miseria y Pobreza son cosas de este mundo y nunca se irán a otra parte porque en ninguna quieren almitir su existencia.



Esta versión de “El herrero Miseria”, que es parte de *Don Segundo Sombra*, se publicó en el libro *Historias improbables: Antología del cuento insólito argentino*.

Si te gustó...

Ay, cuento de Angélica Gorodischer; *Las fuerzas extrañas*, cuentos de Leopoldo Lugones; *Laguna*, novela de Vanina Colagiovanni; *La invención de Morel*, novela de Adolfo Bioy Casares; *Cuentos asombrosos*, serie dirigida por Steven Spielberg; *La ventana secreta*, película dirigida por David Koepp.



Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

Muchas personas comparten con Cortázar el “sentimiento de lo fantástico”, la convicción de que nuestra vida cotidiana está llena de grietas por las cuales puede filtrarse cualquier cosa inesperada, inexplicable. Un hecho casual nos sorprende, nos perturba y nos obliga a preguntarnos hasta dónde llega nuestra percepción. Entonces dudamos, nos inquietamos. La duda es la esencia de lo fantástico y nace de la incógnita que cualquier relato fantástico deja siempre colgando en el aire, como un hilo de seda que jamás lograremos atrapar.

ISBN 978-987-8915-03-6



9 789878 915036

librosycasas.cultura.gob.ar

